

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre. » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

¿Qué debemos preferir?, por J. Sánchez de Neira.—Nuevo dibujo, por M. del Todo y Herrero.—Paris-Marsella-Onán, por So-baquillo.—Toros en Madrid, 12.ª corrida de abono, por don Cándido.

¿QUÉ DEBEMOS PREFERIR?

PARA que una corrida pueda ser calificada como buena, es preciso que el ganado lidiado en ella haya sido bravo, duro, noble y de buenas condiciones, y los diestros no solo valientes y entendidos, sino trabajadores y afortunados.

Por desgracia no siempre sucede esto. Acontece que cuando los toreros se prestan a cumplir bien su cometido, no pueden verificarlo por las circunstancias que los toros presentan, ya por recelosos, huidos ó cobardes, ó ya por demostrar «sentido» ó ser tuertos ó burriciegos; y por el contrario, hay ocasiones en que las reses quieren pelea, demostrando bravura y nobleza, y los toreros, viendo en aquellas lo que no hay, se sienten influidos por un temor injustificado, dan á los toros lidia distinta á la que requieren, y concluyen por desvirtuar el buen toreo, desconociendo sus principales reglas y preceptos.

Dado caso de que no puedan sumarse las dos favorables condiciones que al principio van expuestas para conseguir que una corrida sea en justicia calificada como buena, ¿qué debemos preferir? ¿Toros buenos y sin tacha con toreros poco expertos ó desidiosos, ó toreros de buena reputación y fama con ganado manso, cobarde y exento de buenas condiciones de lidia?

No es tan sencilla la contestación, aunque lo parezca. Porque de nada servirá que un toro acometa con bravura á un picador, si éste rehúsa la suerte, yendo de un lado á otro para esquivarla, ó la toma atravesándose, pinchando en los brazuelos ó en los costillares y clavando la garrocha en el hoyo abierto de intento, con premeditación y alevosía: de nada servirá que el animal vaya con nobleza al segundo tercio de la lidia, si el banderillero, demasiado precavido y malicioso, hace que sus compañeros capoteen sin piedad ni descanso al animal, que si tiene codicia pierde fuerzas y aprende á cortar el terreno, dificultando la suerte; y finalmente, de nada servirán las buenas condiciones de la res en la hora de la muerte, si los peones la

marean con idas y venidas, saltos, brincos y recortes, antes ó al mismo tiempo que los espadas se acercan con precauciones, se apartan con temor y llegan con espanto, saliendo y entrando sin conciencia de lo que hacen. En esos casos, por bravo, noble y duro que sea un toro, se convertirá en marrajo, de peor intención que un buey, desparramará la vista, porque á eso le han enseñado, y acometerá á golpe seguro, aumentando la desconfianza del matador—por no decir el miedo—que su ignorancia le ha creado.

Es, pues, muy difícil dar explícita contestación á la pregunta, que razones hay en pro y en contra que alegar para defender contrarias afirmaciones, y no hay en materia taurómaca persona que, por grande que sea su respetabilidad, adquirida durante largos años de constante observación ó de continuada y aplaudida práctica, pueda imponer su criterio como axioma incontrovertible. Si los grandes maestros del toreo resucitasen, y sobre el punto que sirve de tema á nuestro artículo dieran su opinión, fijamente sería rebatida y puesta en tela de juicio; y quien sabe si el número de disputadores, la cantidad, ya que no la calidad, derrotaría á los diestros, á los viejos ganaderos y á los antiguos aficionados, en quienes debe suponerse más conocimiento en el asunto que el que en pocos años pueda adquirir un joven imberbe aunque sea más listo que Cardona, como vulgarmente se dice. A los toreros se les calificaría de parciales; á los ganaderos se les concedería que entendían de reses bravas, pero no de su lidia, y á los antiguos aficionados, aunque de ellos hubiesen aprendido los nuevos lo poco que saben, les negarían inteligencia y hasta capacidad. Lo trae consigo la índole del espectáculo.

Nosotros no tendríamos inconveniente en preferir los buenos toreros con los toros malos, si viésemos á aquellos trabajar con inteligencia, y arte y valor. Porque con ganado de sentido y cobarde es con el que pueden apreciarse, mejor que de ningún otro modo, aquellas relevantes condiciones, viendo dar al toro lo que pide y apoderarse de él, poniendo en práctica los recursos que aconseja el arte. Ya sabemos que la lidia de semejantes bichos se hace pesada y fastidiosa, cuando no se observa gran pericia en los diestros, y aun poniendo estos mucho de su parte; mas de no ser completamente toros de desecho ó bueyes de carreta, todavía pueden prestarse á la ejecución perfecta de alguna suerte en la de varas, en la de banderillas y aun en la de matar. Costará trabajo, por ejemplo, hacer

que acudan á los caballos, pero entonces el picador entendido sabrá obligarles, herirles y despedirles, según sus condiciones, con gran lucimiento; el banderillero á quien no se presente ocasión de parrear cuarteando, de frente ó al quiebro, podrá verificarlo al sesgo, con más exposición y también con más mérito; y el espada venciendo mayor número de dificultades puede hacer patentes sus buenas cualidades, extendiendo su fama de entendido y valiente. Todo esto puede realizarse aun siendo los toros malos, blandos, cobardes ó de sentido, y los toreros inteligentes, valientes y pundonorosos.

Forzosamente ha de ocurrir lo contrario cuando dichos factores se hallan en sentido inverso, y nos atrevemos á decir que la función ha de resultar más alegre, más entretenida y con mayor número de peripecias siendo los toros bravos, nobles, duros y de poder, contra toreros de poca inteligencia en el arte. No necesitamos esforzarnos para convencer á nuestros lectores de que en el caso que decimos los llamados diestros «andarán de cabeza», los caballos «pagarán el pato» si no le paga también algún descuidado, y «el gran público» saldrá entusiasmado, creyendo haber visto una corrida notable, aunque el arte no se haya dejado ver en toda la tarde. ¿Qué importa que los picadores rajen, huyan, se atraviesen y pinchen en los brazuelos? Nada para el ignorante á quien se presenta por ello ocasión de gritar y apostrofar á placer. ¿Que los banderilleros vayan, vengán, se pasen y al fin claven en la atmósfera?... mejor. Y todavía mejor si el matador corre parejas con la cuadrilla, porque entonces los silbidos forman un inmenso coro, muy agradable para los zulús que suelen acompañarlos con naranjazos, botellazos y otras barbaridades.

De modo que una corrida en que el ganado sea flojo y las cuadrillas buenas, por componerlas acreditados diestros, podrá agradar á los inteligentes en el arte de torear; al paso que al público en general ha de satisfacerle mucho más la fiesta en que haya toros de primera clase y de gran cartel, así sean torpes é ignorantes los lidiadores.

Está dada contestación á la pregunta al principio formulada. Tal vez á las empresas convenga más seguir el rumbo que la muchedumbre marque, si cuidan de atender sus intereses; pero ¿y el arte?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.



J. P. Ponce

R. Esteban

NUESTRO DIBUJO

ANGEL PASTOR



A por más de un concepto famosa población de Ocaña vió nacer al diestro cuyo nombre encabeza estas líneas, fijando Sánchez de Neira, en su diccionario *El Toreo*, como fecha en que tal acaeció, la del 15 de Junio de 1850.

Revestida por aquel entonces de cierta importancia la capital de este distrito judicial de la provincia de Toledo, por su favorable emplazamiento sobre una de las vías de comunicación más frecuentadas, no había de tardar la inauguración del ferrocarril del Mediodía en menguar su vitalidad, llamando á otros sitios visitados por la locomotora ciertas industrias susceptibles de mayor desarrollo. Así aconteció con el establecimiento fundado por los padres de Pastor, trasladado á Aranjuez al explotarse la línea, y por cierto con próspero resultado.

Que en una posición de relativo desahogo, no habían de pensar los padres de Angel en un porvenir de peligros para él, ya puede suponerse; pero que, siguiendo la regla general, el chico había de fijarse en lo contrario que ellos, era casi seguro. Por eso el mozo, terminado los estudios de la primera enseñanza, hubo de plantarse, y el autor de sus días verse en la necesidad de dedicarle á un arte u oficio práctico, que fué el de la imprenta, en una de las de la corte.

El joven Pastor, que había empezado ya á ilusionarse con la tauromaquia, admirando y envidiando á los diestros que frecuentemente toreaban en Aranjuez, cayó precisamente en la imprenta donde se trabajaba para la Plaza de Toros, aumentando esto su afición al extremo de aventurarse en la de los Campos Eliseos y algunos pueblecillos de la provincia, hasta sufrir un porrazo de mayor cuantía.

Con este motivo volvió al lado de sus padres, y tras la repetida lucha originada por la diversidad de pareceres y en vista de la manifiesta obstinación del excujista, D. Juan Pastor concedió el permiso para que su hijo siguiese el rumbo que sus deseos le marcaban, y que emprendió desde luego, tomando parte en bastantes novilladas como banderillero.

En este concepto ingreso en 1871 en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, y tanto lo fué éste para su nuevo ayudante, que hoy pasa por ser el único que conserva los procedimientos y elegante manera de torear del retirado diestro de Villamantilla.

Apartado éste poco tiempo después de la arena, Angel Pastor pasó á las órdenes de Salvador Sánchez, Frasuelo, haciendo á su lado una buena campaña como banderillero, y demostrando mucha inteligencia como peón; y de las que salió, revestido con la alternativa de matador, el 22 de Octubre de 1876.

Los accidentes más graves de su carrera, son el del 4 de Julio de 1875, ocasionado por uno de los tres capulientos toros de prueba del marqués viudo de Salas, al ponerle un par de banderillas, y la peligrosa cogida de *Capiroto*, de Concha y Sierra, en 10 de Abril de 1882, en la suerte de matar.

Que Angel es un torero de excelente escuela á nadie se le oculta, viéndole manejar la capa con una elegancia y finura exentas de toda afectación, tanto en los lances que tienden á parar los pies á las reses como corriéndolas por derecho y sacándolas de los caballos con largas y medias verónicas. Respecto á sus condiciones de matador, la opinión más atañada le tilda de desigual, alegando que mientras en unas ocasiones cumple á satisfacción, no está en otras tan acertado como fuera de desear. Creen algunos que en estas alternativas han podido entrar por mucho las contingencias de la vida. No somos de los que rechazan ese argumento.

Tardes muy lamentables ha tenido este diestro, en verdad; insinuantes manifestaciones ha recibido del público, no discutamos si con justicia o no; pero afortunadamente han sido más las jornadas buenas, y es lo cierto que en lo general da gusto á la afición y la tiene siempre propicia á la benevolencia.

La respetuosidad y la modestia parecen ser cualidades predominantes de su carácter; si la concurrencia le premia con sus aplausos, corresponde á ellos con timidez; si le significa sus censuras, inclina la cabeza y acata pacientemente el fallo. ¿Qué extraño, pues, que con estas condiciones, su ilustración y su bondad, se capte las simpatías tanto en las Plazas de la Península como en las del Mediodía de Francia, donde torea casi todos los años?

M. DEL TODO Y HERRERO.

PARIS-MARSELLA-ORÁN



No se trata de trazar el itinerario que conduce desde la capital francesa á la ciudad africana; porque, si se tratara de eso, de indicar el camino que llevan hoy ciertas costumbres, habría que poner el encabezamiento de este artículo al revés, ó sea *Orán-Marsella-Paris*, pues de Orán parte el ejemplo, en Marsella lo siguen, y en Paris no falta quien esté á dos dedos de seguirlo.

Si Voltaire viviera, modincaría un alejandrino célebre, diciendo:

C'est du Sud que nous vient aujourd'hui la lumière.

Y si Dumas padre resucitara, reformaría otra frase celeberrima de esta suerte:

—El Africa empieza en los Pirineos, da la vuelta por Orán y termina en Marsella.

Que en Orán concluya con escándalo, y tumulto, y bronca por todo lo alto, una corrida en donde la auto-ridad no permite que se dé muerte á los toros, cosa es que no tiene nada de sorprendente, dada la opinión

de los franceses sobre el particular; porque, al fin y al cabo, Orán está en suelo africano, y entre los moros que allí hay y los españoles que allá se han ido, las jaranas de semejante género tienen que ser fruta de todas las estaciones.

Pero ¡en Marsella!

En Marsella ofrece ya caracteres más graves, y hasta trascendentales, si el lector se empeña, el monumental escándalo promovido por no haber querido Felipe García y el *Metodo* desobedecer á la autoridad estoqueando sus toros; escándalo que los fogosos adoradores de la *bouillabaisse* dieron «con todo el aparato que requería su interesante argumento», sin que quedara en la Plaza tablón por destruir, banquetta por deshacer, ni gendarme por insultar.

Marsella ha renunciado á su gloriosa filiacióndel mérito-francés para «tomar la alternativa» de ciudad hispano-africana.

Lo que es como á Bismarck se le autorizó según su afición á hacerse un safo, no de la capa, sino del mapa—hacer mal tercio á los franceses por este lado y este estilo, no necesitaba de más pretexto para decir:

—¿Se irrita y altera y alborota esa ciudad, porque no se autoriza allí la muerte de los toros? Pues esos síntomas no engañan! Marsella es una ciudad eminentemente española, y hay que reintegrarla á su verdadera nacionalidad, como he reintegrado Strasburgo y Metz á la alemana, y como reintegraré Niza y Ajaccio á la italiana.

¡Y no digo nada si el referido Bismarck supiera que á la prenda de vestir andaluza y torera por excelencia se la llama *marselles!*

—*Nulla est redemptio*—exclamaría entonces el feroz enemigo de los franceses; porque él, aunque de caballería, es muy aficionado á los latinajos, y viene á ser una especie de coracero berrendo en dómine.

He dicho en el primer tercio de la presente lidia que Marsella no sabe las consecuencias que puede acarrear su manifestación en favor de la ortodoxia taurina; pero digo ahora, cambiando la suerte:

Y ¿si las supiera?

Y ¿si fuera este un reto lanzado por el arrogante emporio del Mediterráneo á la soberbia metrópoli de Francia?

Pascal dijo:

—Verdad aqueude los Pirineos, mentira allende.

El autor de las *Cartas provinciales* no tendría necesidad ahora de pasar la frontera para formar esa sentencia.

Entre Paris, que se escandaliza al ver á Lagartija atreverse á estoquear un toro, y Marsella, que se alborota porque Felipe García no se atreve á hacer otro tanto, se alzan hoy unos Pirineos morales (esta es una metáfora más atrevida que la torre Eiffel) de más de trescientos cuernos de elevación.

Siempre tuvo Marsella gustos toreros y tendencias separatistas. Habrá llegado el momento de realizar esos gustos y tendencias, introduciendo la *división de plaza* en la geografía política de Francia?

¿Surgirá por un quitame allá esas astas una guerra de secesión como la de los Estados Unidos?

¿Tendrá que refundir Julio Verne, aplicándolo á los propios franceses, su *Norte contra Sur*?

¿Habrá de renovar Alfonso Daudet en su *Numa Roumestan* el famoso y típico estudio de los caracteres, costumbres y temperamentos que diferencian á la gente del Mediodía de la gente del Septentrion?

Bajo este último aspecto, algo podría decirse acerca del clamoreo levantado en Paris contra los toros de muerte y de la algarada habida en Marsella á favor de la suerte de matar; pero ¡fíbr-nme Dios y el evangelista San Lucas de meterme en psicologías ni fisiologías de once varas!

Son muchas varas esas, y yo no tengo brazo, ni jaca, ni garrocha, para meter la puya tantas veces.

Ni humor tampoco.

El mío solamente me permite tomar de capa estas amenidades de la vida contemporánea, y consignar el curioso contraste que se da á orillas del Sena y á orillas del Rodano, para que el sociólogo deduzca lo que quiera (que probablemente no deducirá nada en limpio).

Los parisienses, variando la letra de la *Marsellesa*, cantan:

*Allons, enfants de la patrie
le jour de gloire est arrivé;
contre nous la tauromachie
vient braver le sanglant VOLATIE...*

Y los marselleses, como padrinos y tocayos del himno inmortal, lo varían con más legítimo derecho, contestando:

*Aux cornes, citoyens!
Ne soyez pas coquins!
Allons, marchons!*

Qu'un sang impur abreuve nos HURONS.

Veremos, al cabo de esta competencia entre Marsella y Paris, quién estoquea á quién, y de quién decimos, con Ramos Carrion:

*¡Aquí, cantándola, matan!
¡Allí, cantándola, mueren!*

Entre tanto, cantándola, tiran los bancos á la plaza; y ¿qué más pueden hacer en favor del progreso taurómico los aficionados franceses sino empezar por donde solemos concluir los aficionados españoles?

Toros en Madrid

12.ª CORRIDA DE ABONO.—21 JULIO DE 1889

De la última corrida de abono de la primera temporada, poco hay que decir; y celebramos que así sea, puesto que el espacio tampoco lo permite.

La novedad consistía en seis toros de la reciente vacada de D. Carlos Eizaguirre, con divisa azul celeste, procedentes de la de D. Andrés Fontecilla, en Baeza.

La reseña del ganado, en breves palabras, es la siguiente:

1.º *Grajo*; negro zaino, largo y bien puesto, que tomó con voluntad ocho varas, dió dos caídas y mató un caballo. Bueno en banderillas y apurado en muerte.

2.º *Señorito*; berrendo en colorado, de libras; corto y abierto de cuernos, hizo de huida la pelea, tomando siete varas, dando tres caídas, y matando dos caballos.

Quedado en palos y de algún sentido á la muerte.

3.º *Sobrelozo*; negro listón, estrecho y veleta; cumplió escasamente en el primer tercio con siete varas; una caída y un caballo.

Incierto en palos y revolviéndose al final.

4.º *Medialuna*; berrendo en colorado, listón, cuatreno y cornicorto, bravo y voluntario, despachó con ocho varas; dos caídas y tres caballos. Levantado en palos é incierto en muerte.

5.º *Cabezón*; negro listón, bragado, feo, y comó su nombre.

Aguantó resintiéndose, cuatro varas, dió una caída é hizo una baja en la caballeriza.

6.º *Bandolero*; berrendo en colorado, listón, grandote y cornalón. A cambio de ocho varas dió una caída y mató un caballo. Sozo en palos y buey en la muerte.

LOS MATADORES

Salvador.—El aire impedía el manejo de la muleta en su primero, por lo que se limitó á pasarle tres veces con ambas manos, entrando á matar antes de estar el toro nivelado por completo; resultando una estocada a volapié un poco caída que bastó para hacer doblar al bicho y proporcionar al matador aplausos.

En el segundo toro é lejos y con precauciones, y sólo paró en dos pases. La faena fue deslucida y la completó el matador echándose fuera en el primer pinchazo y enmendándose en la estocada caída y contraria, que acabó con la fiera.

Al tercero, buey, como decimos, y aplomado y cobarde además, le costó trabajo matarle, porque el diestro no se metió con fe ni una sola vez, esperando inútilmente que la res le prestase ayuda.

Cumplió bregando y dirigiendo.

Guerrita.—Hizo gala toda la tarde de sus prodigiosas facultades, de su vista torera y de su bravura.

Su primero, que es el que más trajo que matar, no dejó adornarse al espada, que sólo le tomó dos veces con el trapo, entrando en cuanto se igualó con gran coraje, y dejando una estocada arrastrando hasta la mano, si bien algo tendida.

En su segundo trabajo también con acierto, dadas las condiciones del toro, pero sin éxito, pues la res desparrramaba la vista, tirándose un poco lejos, y marchándosele la mano, pues la estocada resultó un *ujónazo*.

Muy fresco y muy sereno en el tercero, que era un buey con facultades.

Nueve pases y media estocada atravesada compusieron esta última faena, digna del bicho á quien se le recetaba.

Bregando incansable y en todos los sitios. Al quinto toro de Salvador le cortó facultades en el último tercio, y le llevó al terreno convenientemente al matador corriendolo con alegría y con inteligencia.

Y vaya la única censura que tenemos que dirigirle: el quite hecho al picador Cantaras en el cuarto toro, correspondía de hecho y de derecho al sobresaliente Almendro, y no necesita Guerrita corregir á un banderillero oportuno, para obtener aplausos del público, siempre que lo desee, pues todos saben ya cuanto vale y cuanto puede tan apreciado diestro.

El público pidió que banderillase un toro, á lo que el espada no accedió, y con razón, pues por ese camino habría día que le exijan que lo pique y lo lidie por completo.

LOS BANDERILLEROS

Menos mal que otras tardes: que en señalarse un par, equarteando, del Pulguita, y otro superior del Ostión al primero; dos muy buenos de Mojino al segundo, y otro de Almendro al tercero.

Corriendo los toros cual más cual menos, todos estuvieron trabajadores distinguiéndose Almendro y Pulguita.

LOS PICADORES

Con desgracia Paco Fuentes que en la única vara que puso, sufrió una terrible caída que le obligó á pasar á la enfermería. Cirilo, Pegote y Cantares voluntarios y el Chuchi sin novedad en su importante salud.

La Presidencia acertada; buena la tarde y mala la entrada.

El domingo próximo corrida extraordinaria en la que tomará parte Ponciano Diaz; tendremos, Dios mediante, *manganeo*, *jaripeo* y otras suertes del toreo antiguo, que dicen ejecuta con rara perfección tan celebradísimo diestro.

DON CANDIDO.

SOBAQUILLO

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.